

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos
pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio pos-
tal interior. Registro No. 118

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA
ADMINISTRADOR: JOSE LLOREDA CAMACHO

Volumen XXXII - Bogotá (Colombia), Agosto y Septiembre de 1937 - Nos. 317 y 318

La lección de San Francisco

Hay una voz que compendia toda la sabiduría moral del Evangelio, que cifra y resume la plenitud de la Ley y de los Profetas, que proclama e intima el mandato máximo y primero del Código divino juntamente con el segundo que se le asemeja; y esa voz los hombres ya no la conocemos, porque las cosas accesorias nos halagan muchísimo más que las verdades primordiales. A fuerza de repetirla sin entenderla y sin cumplirla, esa voz celestial se ha trocado en fórmula escueta, en proverbio vano y en refrán sin substancia.

Cuando Cristo Jesús sudó sangre en el huerto, gimió infinitamente apesadumbrado por el menosprecio que haríamos de su sangre, pero allí mismo entre el cortejo de las iniquidades humanas que le hacían desfallecer, vio también y en lugar eminente y señalado la violación del precepto de amar a Dios sobre todas las cosas, vio que sus criaturas nos ejercitaríamos ingeniosamente en eludir su palabra perentoria: "Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros", y vio asimismo esta abominable sutileza de que nos servimos un día sí y otro también para hacer tabla rasa de su dictamen soberano y dulcísimo: "En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros".

Esta voz de amar a Dios y de amar al prójimo, fue la voz propia del corazón de Jesucristo: allí sonaba cuando palpité pequeño en el pesebre de Belén, allí cobró la resonancia augusta que tienen las palabras que habló a la multitud desde los esquifes costaneros, de allí sacó la mansedumbre que embalsamó sus pláticas en las colinas gali-

leas, y de allí, del corazón de Dios, brotó la demanda suprema de perdón que oyó el Calvario como un eco sobrepunante de la petición que Cristo nos mandó hacer todos los días: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Después de Jesucristo hubo un hombre que entendió perfectamente esa voz de amor y caridad, y que a su vez la hizo oír con imponderable eficacia; y ese hombre, consumido por ardores seráficos, capaz de juntar en síntesis de amor a Dios y a las criaturas, a la tierra y al cielo, todo lo que vive y todo cuanto muestra apariencia y figura de vida, todo lo que resplandece ante los ojos y todo cuanto conmueve la mente, se llama Francisco de Asís, y su vida admirable, apenas en el cielo y con lengua de ángeles podrá celebrarse dignamente.

Por eso decía Dante:

*"...la cui mirabil vita
Meglio in gloria del ciel si canterebbe".*

El santo de Asís, "semejanza fiel de Jesucristo", como lo llamó Pío X, "varón inocentísimo que copió en sí, cuanto es posible, la imagen del Redentor", como dijo León XIII, es el santo en quien se hace ejemplo toda caridad; la predigó sobre las almas y sobre las cosas, desde las unas y desde las otras se levantó hasta Dios que las había creado; en éstas y en aquéllas veía resplandecer la imagen adorable del Hacedor, percibía el reflejo de su belleza y de su bondad supremas; y advertía las huellas de la paternidad divina, por lo cual, era justo que se sintiera ligado con vínculo de amor fraterno al hermano Sol y a la hermana Muerte, lo mismo que a las hermanas golondrinas y a aquel hermano lobo a quien ofreció en señal de alianza la misma mano que años atrás había pulsado el laúd andando a tarda noche y en faz de trovador por las calles de Asís y que otro día sería glorificada en el Alvernia por la señal bendita de la Crucifixión.

A San Francisco de Asís no le tocó en vida ninguno de aquellos célicos encendidos que fueron el lote doloroso de muchos otros santos. Y ya muerto, San Francisco ha sido el blanco a donde se encamina con ternura el pensamiento universal. En medio a las tinieblas de la Edad Media, irradiaba su semblante la paz que es fruto de sacrificio y de po-

breza, y sus obras son de tanta piedad que bastan a suavizar las asperezas de una época de hierro y a esclarecer un siglo atormentado por los desmanes de la prepotencia feudal, a esclarecerlo, digo, con la lumbre de esa poesía genuina y exclusivamente cristiana que amaneció en el firmamento de la Umbría, iluminó los corazones en el capítulo de "las Esteras" y resplandeció sobre la iglesita de la Porciúncula como la estrella milagrosa sobre el albergue del recién nacido Dios.

Y todo ello, de dónde procedió derechamente sino de la caridad, de dónde sino de la paz y del bien que anunciaba San Francisco, de dónde, para decirlo de una vez, sino de su semejanza con Jesucristo?

Cuan grande y aventajada fuera, parece que la Divina Providencia quiso hacérselo entender ordenando la vida del pobrecito de Asís por los mismos pasos y circunstancias del Hijo de Dios que por nosotros se hizo pobre y no tuvo piedra en qué reclinar la cabeza. Como él, nació Francisco en un establo, y a muchos siglos de distancia, compartió con Cristo la cuna de pajas humildes; y fue más allá la semejanza, porque también hubo coros angélicos y cantos celestiales en el nacimiento de Francisco. Eligió el Señor y Maestro sus apóstoles y otro tanto hizo el santo de Asís al escoger los discípulos que había de enviar por cuantas son las tierras a llevar un mensaje de paz cristiana y de salvación eterna. Vivió, en fin, despojado de todo, llovieron sobre él contumelias y baldones, llamáronle loco, repudiáronle los suyos y tuvo su calvario en el monte de los estigmas, porque allí y merced a un portentoso, nunca antes referido, fue crucificado al recibir en su cuerpo las llagas divinas.

Armado con la semejanza de Jesucristo, entró San Francisco a reformar un mundo huérfano de caridad y henchido de codicias. Aun sería mejor decir, que entró a resucitarlo, porque, según la palabra de San Juan "el que no ama, permanece en la muerte". ¿Y cómo podría amar ese mundo que en el siglo XIII alinderaba ciudades y municipios con castillos torreados y con abadías tan amenazantes como fortalezas? ¿Cómo podía haber la caridad en una época en que pululaban las facciones y las sectas y en que sobre almenas y baluartes ondeaban fieros pendones desplegados por el viento de la rebeldía y por el soplo de la discordia? ¿Cómo no se habría ahuyentado el amor de unas

gentes peritísimas en todo linaje de asechanzas y represalias guerreras, no menos que en ardides rabulescos para traficar en grande, y tan en grande que ansiosos de dar rienda suelta a la codicia, llegó a parecerles menguado el campo de las cosas humanas y se empeñaron en comerciar con las divinas. No, no era posible que hubiera caridad allí donde ni siquiera había justicia; y que no la había dícelo muy claro un viejo cronista de la época: "Son estos magnates de piedra para comprender, de leño para juzgar, de fugo para encolerizarse y de hierro para perdonar".

Tal aparece el siglo de San Francisco. Y ahé aquí que a sus oídos llega no acaso sino disponiéndolo Dios, una palabra del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, ánda, vénde lo que tienes, dálo a los pobres y vén y sígueme". Añadamos a esto la otra máxima: "No queráis poseer oro ni plata, ni dinero, ni alforjas, ni sandalias, ni dos túnicas". Confesemos que esta severidad y esta desnudez nos confunden pero advirtamos juntamente que allí trataba Dios de levantar a San Francisco al más alto grado de la perfecta caridad y que eso supone el desprendimiento y la pobreza más radicales y absolutos.

Yo no sé si alguna vez se le ha ocurrido a alguien pensar que la perfecta caridad no puede subsistir sino en consorcio y amistad con la perfecta pobreza. Aun allá en los días de la filosofía griega, Platón lo presintió cuando dijo que el amor tenía por madre a la indigencia; pero quédense ahí estas reminiscencias profanas y apresurémonos a contemplar en Jesucristo nuestro único maestro, la estrechísima alianza de la suma caridad con la suma pobreza. "Riquísimo, es —dice S. Pablo— el Hijo de Dios, y por nosotros se hizo pobre a fin de enriquecernos con su inopia". Aquel desechar las gentes a la Madre de Cristo del público albergue, fue pregón de la pobreza y desamparo en que había de nacer, apenas ha visto la luz y le despojan de su patria y lleva en pos de sí por tierras extrañas a su madre pobre y hermosísima y al ayo santo y pobre también. Y aun por no dejar de padecer la angustia y carencia más sensible a los niños, que es perder a sus padres, Jesucristo quiso ser y fue "niño perdido". Más adelante sufrió hambre, padeció frío, vivió como mendigo, cansóse y desvelóse y anduvo muchos caminos sólo para hacer bienes incomparables a los hombres. Y de tanto afán, el fruto fueron fueron mayores afanes, con sus fatigas cosechó do-

loras, persecuciones y afrentas, y sacó del amor desamor; del bien hacer, mal padecer; del conquistarnos la vida, crucifixión y muerte; y por remate, al que nos franqueó y dejó patentes las puertas de la gloria, se le dio sepultura de limosna.

Oh, pobreza sublimada por el Redentor! Cómo no habías de enseñarle a San Francisco una belleza arcana que le provocase a celebrar los desposorios místicos que protocolizó el pincel de Giotto en las bóvedas de Asís!

Y ahora atendamos a la transfiguración que obró la pobreza en San Francisco. Delante del trono del obispo Guido, está dando fe de su propio universal despojo. Los últimos dineros que poseía, precio de las galas y preseas con que engalanó su mocedad, allá quedaron esparcidos junto a la ventana de San Damián; el buen nombre y la fama de gentileza que conquistó a fuerza de donaires en las lides cortesanas, se derrumbaron estruendosamente entre las vociferaciones de una plebe tornadiza e insensata que le decretó sambenito de locura; aun la natural riqueza del amor paterno va a faltarle: Pedro Bernardone, el negociante sordido y rapaz, mueve litigio acerca de las vestiduras que cubren a Francisco. Pero con qué presteza las arroja de sí el santo de Asís!... Acúde, acúde pronto obispo Guido, extiende tu manto pontifical sobre este pobre desnudo y macilento y déja que entre sus pliegues, símbolo de la Iglesia Católica que acoge a San Francisco, diga él la palabra excelsa que traduce el más puro amor de Dios: "Padre nuéstrc que estás en los cielos"!

Abirsmado en el amor divino, San Francisco ya no puede ver las cosas ni los hombres con ojos interesados ni codiciosos: Las unas y los otros no le ofrecen sino una irradiación manifestísima de la bondad de Dios. Y ese es el secreto de su caridad universal. Si veía a los justos, tenía que amarlos porque en sus almas percibía la majestad misericordiosa del Altísimo que se allana a morar en sus criaturas como en un tabernáculo glorioso; pero si trataba con los pecadores, los amaba también porque de sus almas, como del caos primordial y como del sepulcro de Lázaro, podían surgir a la voz de Dios, el mundo espléndido de la santidad y la vida bienaventurada de la gracia; si veía la salud, cantaba al Hacedor incorruptible e inmutable, y si veía la enfermedad, luégo se le presentaban los surcos que labró el pecado en el cuerpo inocente del Hijo de la Virgen; ante las justas premi-

nencias adoraba al Rey inmortal de los siglos, "Altísimo, Omnipotente y Buen Señor"; pero ante los oprimidos, y menospreciados, pensaba en Jesucristo que para destruir la alteza y poder tirano del mundo y del demonio, no descargó sobre ellos el brazo y peso de su divinidad encubierta, sino lo humilde que había en él y lo bajo, y lo pobre y lo pequeño, su carne santa y su sangre vertida.

El universo, que nosotros no sabemos considerar sino a través de esta niebla de ambiciones que todo lo altera y todo lo tuerce, la creación visible que se nos dio para que fuese escala inmensa y múltiple que nos lleva a Dios y que nosotros señoreamos y explotamos con criterio menguado de utilitaristas, tuvieron para el Pobrecito su verdadera significación. Para mirar la naturaleza, Francisco recobró la agudeza del primer hombre cuando se despertó en el paraíso. Aquello fue el pasmo de quien descubre lo sublime, fue el goce extático de una alma de frescura virginal. Sin quererlo, sin saberlo, el Santo de Asís abrió en el mundo un nuevo raudal de poesía, por lo cual la vida franciscana, además de ser un remedo de la santidad evangélica, fue una conquista en los dominios de la belleza: ese mismo pobrecito, cuya hervorosa poesía hizo posible el viaje de Dante por la luz y la sombra ultramundanas, fue también — y así lo cuenta Celano en su Leyenda — el que mandó cultivar en los huertos conventuales algunas plantas aromáticas que predicasen a su modo la suavidad eterna de los Cielos.

Pero no vayamos a imaginar sabiendo esto, que en San Francisco no hubiera lugar para las empresas denodadas y para el ímpetu apostólico. Avido de perfección, comprendió mejor que nadie los desórdenes de la humanidad y la contradicción insostenible que aparecía entre las vidas de sus contemporáneos y el Evangelio en que creían. Linaje de amor, pero del más puro y acendrado fue la fundación de las tres órdenes que habían de llevar adelante su idea y restaurar en el mundo la forma de vivir que leemos en el Evangelio; linaje de amor —he dicho—, porque lograr esto es lo mismo que asegurarles a los hombres el más exquisito beneficio, es querer ensanchar la gruta del Nacimiento para que allí se junten y allí quepan los mortales con el Niño Dios y vean cumplida la promesa de los Angeles en esa noche bendecida: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Al decir esto repito uno de los pensamientos más familiares a la piedad de San Francisco. Que bien sabido es con qué fervor predicaba la historia del pesebre, para inculcarles a las gentes ese gran misterio de paz, de pobreza y de caridad. Ni le bastaron las palabras con ser tan encendidas; para corroborarlas inventó la representación plástica del nacimiento, y en la Nochebuena de 1223 reconstruyó devotamente en los bosques de Greccio la ternísima escena del establo. Allá es menester que busquemos a San Francisco para darle las gracias por la dulce emoción que saboreó nuestra infancia delante del pesebre familiar.

Quisiera hacer pie y demorarme en esta conmemoración de la niñez, porque según el Evangelio, es ella abonadísima para acercarnos a Jesucristo, y, por el mismo caso, para comprender a San Francisco. Desgraciadamente ya no somos niños: contaminados por el mundo ya no sabemos apreciar la divina alianza de la caridad con la pobreza; probemos sin embargo a justipreciar las cosas con candor franciscano, suframos que nos tachen de infantiles y examinemos el mundo en que vivimos. Tan desatinado anda como en los días de San Francisco. Por el alma adentro se nos han colado infinitas solicitudes y afanes vanos y apenas hay quien viva concertada y pacíficamente consigo mismo y con el prójimo, sin que el miedo y la desconfianza le conturben, ni le saquen de quicio la alegría ni la tristeza, ni menos el dolor le envilezca y encoja. Vida inquieta la del mundo que apetece y desea juntamente cosas que andan entre sí reñidas; vida que hace presa en todo aquello que se le pone delante y que desea cuanto los sentidos le ofrecen; vida que trabaja por alcanzarlo todo y que se martiriza con rabia y coraje por que no lo alcanza; vida, en fin, de amargas discordias y rencillas.

Y todo ello nos ha sobrevenido por falta de amor y de pobreza. Porque todas las diferencias y enojos que tienen los hombres entre sí, siempre se fundan en la pretensión de alguno de estos bienes que son el interés y el lucro, la preeminencia y el dominio, las honras y deleites; bienes que son limitados, tanto más escasos, cuanto más justos y debidos, y que como se buscan sin orden y son muchos los que los pretenden, no bastan para todos y así vienen a engendrar competencia y estorbo y desamor entre los que sin rienda ni tasa los procuran. Y del estorbo, nace el disgusto, y del disgusto la falsía, y de la falsía los pleitos y

contiendas, y de éstos las enemistades con todo su miserable cortejo de hipocresías y de venganzas, de atropellos ruidosos, de egoísmos desleales y de truhanescos desenfados.

Y este mundo se conmueve al recordar a San Francisco más de siete siglos después de su muerte! Y este mundo, es el que tratando de acercarse al sepulcro glorioso del Pobrecito, quiere oír su palabra regeneradora! ¡Vive Dios! que no oírás otra cosa sino el sermón humilde del desprendimiento y de la caridad! Desprendimiento y caridad que fueron los artífices de la renovación en el siglo XIII y que son el único remedio proporcionado a los apuros y congojas de esta vigésima centuria. Pero mucho me temo que al percibir palabras que anuncian pobreza y amor, le volvamos la espalda a San Francisco diciéndole como los atenienses a San Pablo: "Otro día te volveremos a escuchar".

Y qué pensaremos que sucedería si en medio de nosotros, en esta gigantesca oficina de negocios, en esta feria de aprovechamientos, en este palenque de preeminencias y de honores que es el mundo, se alzase el santo de Asís, para gritarnos como gritó al hermano León en el camino de Perusa: "No hay paz, no hay caridad, no hay misericordia entre vosotros; olvidásteis a Dios, andáis tristes y con la muerte al ojo, pero yo os voy a decir dónde está la perfecta alegría. Aprended a venceros y a sufrir de buen grado, por amor a Cristo, penas, injurias, oprobios y molestias; no se gloríe nadie en su virtud, no se envanezca con sus obras y portentos, no con su saber, no con los tesoros de la tierra, porque esas cosas son dones de Dios, que no nos pertenecen; pero las cruces, la aflicción y las tribulaciones, eso sí es nuestro y de eso sí podemos decir con el apóstol: "No permita Dios que me gloríe sino en la Cruz de Jesucristo".

Porque sólo allí nace la caridad, que es riqueza sin comparación preciosa y deseable, bastante a compensar todo desprendimiento. Pues no hay excelsitud, ni aun la de la inteligencia, que no se desvanezca delante de la caridad, y el mundo mismo sabe muy bien que si la idea ilustra, la caridad arrebatada; si la idea engendra glorias, la caridad obra milagros, y sabe que— en suma— sólo la caridad es poderosa, sólo la llama de la caridad es viva, sólo el imperio de la caridad es duradero.

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Rector, Colegial y Catedrático de
este Colegio Mayor.